

LA PROMESA DE LOS REYES

1º- 3º

Cuando el Niño Jesús nació en Belén de Judea, hace muchos, muchos años, tres Reyes de Oriente montaron allí en sus camellos para llevarle regalos. Siguieron la estrella hasta llegar al establo donde yacía, un pequeño bebé recién nacido. Se arrodillaron y pusieron a sus pies sus ofrendas: *oro, incienso y mirra*. Besaron el borde de su manto blanco y lo alabaron. Luego los Reyes cabalgaron nuevamente hacia el este, pero no antes de haberle susurrado al Niño una promesa. ¿Qué promesa era esa? Era la siguiente:

"Mientras haya Niños en la tierra, nosotros, los tres Reyes, cabalgaremos en nuestros camellos, como cabalgamos hacia ti en esta noche. Te dimos regalos, y así le llevaremos un regalo a cada Niño, en recuerdo de ti, el Niño Jesús de Belén."

En España aún se sabe lo que prometieron los tres Reyes, y en Noche de Reyes cada Niño deja un canasto o algo parecido en el balcón de su casa para que los Reyes puedan ver que allí vive un Niño.

A veces se le deja un poco de hierba para los camellos, o hay un plato con frutos para los Reyes, pues los Niños saben que tuvieron que hacer un largo viaje y pueden tener hambre.

Al atardecer de esa noche del 5 de enero los Niños van a la ciudad para ver pasar a los Reyes.

Hace mucho, mucho tiempo vivía en un barrio animado de una gran ciudad española una anciana, que se llamaba Doña Josefa. La calle en la que vivía era muy pequeña y estrecha. Tan estrecha, que uno podía tocar con las yemas de los dedos la casa de enfrente si se asomaba por la ventana se asomaba. Y si uno miraba hacia arriba, el cielo parecía ser solo una estrecha franja azul, que mantenía unidas las casas. El sol nunca podía encontrar el camino hacia este callejón tan estrecho.

Uno puede imaginarse que la gente que vivía aquí era muy pobre; Doña Josefa también era muy pobre, pero en un aspecto era muy rica. Ella conocía más historias de las que hay días festivos en todo el año, y esos son al fin y al cabo bastantes. Cuando tenía un momento de tiempo, cuando por ejemplo no tenía que ir a buscar agua del pozo o bordar hilos de oro en la vestidura del altar de la iglesia de Santa María del Rosario, salía de su casita, iba a la calle y gritaba:

- "¡Niños, Niños, venid rápido! ¡Os voy a contar una historia!"

Y los Niños venían volando como las palomas grises cuando en la plaza se les esparce grano. ¡Ay, cuántos Niños había en aquella callejuela! Estaban José y Miquel, y los hijos de Enrique, el zapatero remendón, Alfredito y Juana y Esperanza, y las hermanas gemelas de Pancho, el vendedor ambulante, y Angela, María, Teresa, Pedro, Adelita y muchos más. Los últimos en llegar eran Manuel y Brígida. No tenían padre, y su madre era lavandera, que todo el día estaba fuera,

frente a la ciudad, junto al río lavando.

Cuando Doña Josefa había reunido a los Niños desde las puertas oscuras y las casas, se sentaba en medio de la calle y los Niños se sentaban en círculo a su alrededor. Eso se podía hacer ahí tranquilamente. La calle era tan segura como uno solo puede imaginarse, pues para un coche era demasiado estrecha. A veces pasaba muy despacio un asno, que también buscaba algo para comer, pero eso era todo.

Sucedió el día antes de Navidad, cuando Doña Josefa había terminado su trabajo y, como de costumbre, estaba en medio de los Niños en la calle:

- "Hoy os contaré una historia de Navidad, Niños", dijo y luego les contó de los tres Reyes y de la promesa que le hicieron al Niño Jesús.

- "¿Es eso verdad? ¿Traen los Reyes regalos a todos los Niños?", preguntó Miguel.

Doña Josefa asintió.

- "¿Entonces por qué nunca han venido por nuestra calle la Nochebuena?", preguntó Brígida.

- "Quizás porque no tenemos un canasto en los que poner los regalos", opinó Ángela.

Y eso era cierto. Los Niños pobres no tenían ni tan siquiera zapatos para caminar y solo recibían algunos cuando se hacían mayores.

Manuel había escuchado en silencio a los otros, pero ahora tiró de la manga a Doña Josefa.

"Yo sé por qué los Reyes no nos traen regalos. Es ... porque la calle es demasiado estrecha. Los camellos no pueden pasar por aquí. Los Reyes tienen que cabalgar por una calle ancha, donde no haya piedras y esté limpia y donde sus largos mantos no se ensucien ni se enganchen y donde sus camellos no tropiecen. Los Niños de las calles anchas, los Niños ricos, esos encuentran regalos en sus zapatos la mañana de Navidad. ¿Es así, verdad, Doña Josefa?"

Y Miguel gritó:

- "¿Es verdad lo que dice Manuel? Solo los Niños ricos?"

- "Ay, Niño mío ¡no tiene por qué ser así! Cuando le prometieron al Niño Jesús, allí en Belén, se dijo: "Regalad a cada Niño. ¡Sí, a cada Niño pequeño!"

- "Pero entonces no es extraño que se olviden de nosotros aquí?", no se tranquilizaba Manuel. "¿No está este callejón muy cerca de las calles anchas?"

Entonces dijo Rosita, y al decirlo aplaudió de la emoción:

- "Yo lo sé. ¡Eso pasa porque no tenemos canastas ni zapatos! Por eso no vienen a nosotros. Quizás Enrique nos preste los zapatos que está reparando. Solo para esta noche. Si tenemos zapatos, entonces los Reyes también podrán ver que en esta calle

hay Niños, y entonces seguro que también recibiremos regalos. ¡Vamos, preguntémosle a Enrique!" "¡Madre de Dios, es una idea fabulosa!", gritaron todos.

Y como una bandada de palomas grises volaron hacia el otro extremo de la calle, donde Enrique se pasaba todo el día sentado, martillando y cosiendo los zapatos de los Niños ricos. Manuel se quedó con Doña Josefa. Cuando los últimos piececitos moremos desaparecieron por la entrada del sótano de Enrique, dijo en voz baja:

- "Y si alguien sale al encuentro de los Reyes y les cuenta que en esta calle viven Niños que nunca han recibido regalos, ¿vendrán entonces aquí? ¿Servirá de algo eso?"

En la ciudad había mucho movimiento. La gente iba de un lado a otro. En las calles principales ondeaban banderas en los tejados y sobre las puertas colgaban guirnaldas de flores y coronas de laurel. Los vendedores ofrecían sus dulces, el sereno encendía las antorchas para iluminar las puertas y murallas de la ciudad. Por todas partes reinaba la alegría. Y no solo porque era Noche de Reyes, sino también porque el rey de España iba a venir, para celebrar la Navidad en la ciudad. Se murmuraba que vendría cabalgando desde el norte, junto con sus primos, los Reyes de Francia y de Lombardía, y que tendría un gran séquito de nobles, caballeros y trovadores. Otros decían que los tres Reyes cabalgaban completamente solos, eso les resultaba más agradable. Cuando el sol se ponía y la catedral parecía dorada, marchaban columnas enteras de Niños de la mano fuera de la ciudad. Iban directamente hacia el lugar donde se ponía el sol, pues creían que allí estaría el Oriente, y se decían:

- "Mirad, ese es el camino que tomarán los Reyes."
- "Yo he traído una cestita de higos", dijo uno.
- "Yo tengo dátiles", dijo otro.
- "Y yo", gritó un tercero, "tengo un saquito con limones. Son tan refrescantes."

Y se mostraban las ofrendas que habían traído para los Reyes. Y mientras caminaban y charlaban, un Niño empezó a cantar una melodía ♫. Y pronto todos cantaban, y sus voces resonaban por la tranquila tarde. Tras las colinas se ponía el sol y dejaba millones de pequeñas chispas en el camino.

España

1. El ca - mi-no de Be - lé po - cos son los que lo ven, lo bus - ca-mos no-che y
2. Por Je - sús el Re-den - tor pe - di - re-mos con a - mor al - gún hue - vo de ga -

dí - a, lle na el al - ma de a - le - grí - a, lo bus - ca mos sin ce - sar, que no es fá - cil de en con
lli - na y tam bién al - go de ha - ri - na. Cuan to más se nos da - rá, más lá tor - ta cre - ce -

18



Dios, buen Je-sús, iro-gad por nos! ¿Quién nosquie-re a-com-pa -ñar a pe-dir san-tas li-

24



Re - yes? ¿Quién nos quie-re a-com-pa -ñar a los Ma-gos es - pe - rar? Los Re -yes mos- nas? ¿Quién nos quie-re a-com-pa -ñar a Je -sús lue-go a-do - rar?

30



vie-nen, los Re-yes van, el pla-to a la ven - ta - na ca-da a- ñoen con-tra - rán. El

37



pla-to a la ven - ta na, las me-dias al ho - gar. La vi - da mar-chaa

42



pri - sa, mas siem - pre hay que es - pe - rar.

<https://ideaswaldorf.com/la-fiesta-de-los-reyes/>

- "¡Allá vienen los Reyes!", gritaron los Niños. "En el camino ya se puede ver el centelleo de sus coronas y el brillo de sus bordados mantos. Podrían enfadarse de que aún estemos tan tarde en la calle. ¡Vamos, corramos rápido a casa, antes de que nos vean!"

Los Niños dieron media vuelta. Corrieron de vuelta a la ciudad, a casa, donde sus madres los esperaban y sus blancas camas estaban preparadas.

Pero un Niño se quedó atrás, un Niño pequeño con los pies descalzos. Su nombre era Manuel. Cuando los otros Niños desaparecieron por las puertas de la ciudad, él siguió caminando hacia el lugar donde se había puesto el sol. No tengo regalos para los Reyes, pensó, pero al borde del camino hay hierba fresca, y eso puedo arrancar para los camellos.

Se detuvo y se llenó por completo el chaleco azul de hierba. Caminó un trecho entero, hasta que se cansó terriblemente. Oh, ¡qué silencio había aquí fuera! Pronto estaría completamente oscuro.

- "¡Cómo me gustaría estar ahora con los otros Niños, en la ciudad, a salvo, porque tan solo en la oscuridad en el camino da mucho miedo... Mamá pronto volverá a casa, para traer algo de comer a Rosita y a mí. Quizás tenga para esta noche pastel de almendras, quién sabe!"

¡Ojalá los tres Reyes vinieran, antes de que Manuel esté demasiado cansado y tenga demasiado miedo!

Dio unos pasos más y luego fue derribado como una brizna de hierba por el viento. Manuel se durmió profundamente.

Nadie puede decir cuánto tiempo durmió, pero se despertó porque alguien le puso una mano en el hombro. Abrió los ojos y vio... sí, ¡vio a los tres Reyes! Altos y espléndidos se veían a la luz de las estrellas. Sus mantos estaban adornados con miles y miles de piedras preciosas. Uno se inclinó sobre Manuel y le preguntó qué hacía tan tarde aún en la calle.

Manuel se levantó y buscó a tientas la hierba que se había metido bajo el chaleco.

- "Esto es para los camellos, Señor, no tengo nada más para ustedes. ¡Pero este año ustedes cabalgan en un caballo!"

- "Sí, cabalgamos en caballos. ¿Qué te importa a ti eso?"

- "No se ofendan, Señores, nada. Los tres Reyes pueden por supuesto cabalgar en caballos si quieren. Solo que siempre nos han contado que cabalgan en camellos cuando vienen de Oriente."

- "¿Qué quiere este Niño?" La voz sonaba amable, pero impaciente, como de alguien de quien se esperan decisiones y que tampoco se hace esperar mucho.

Manuel escuchaba y vivía todo con gran asombro. ¡Ni pensarlo si no tienen tiempo o no tienen suficientes regalos! Suplicante y rogando, le puso una mano en el manto a uno de los Reyes.

- "Puedo llevar los caballos, si quieren venir conmigo. Es solo una calle pequeña y difícil de encontrar, Señores. Pensé que quizás traerían un regalo, solo un pequeño regalo, para los Niños de allí".

- "¿No le prometieron al Niño Jesús darle uno a cada Niño?"

- "¿No se acuerdan?"

- "La mayoría de nosotros nunca ha recibido un regalo, un regalo de Navidad."

- "¿Tú sabes quiénes somos?"

Manuel respondió alegre:

- "¡Oh sí, Excelencias, vosotros sois los tres Reyes Magos y venís de Belén. ¿Quieren venir conmigo?"

Los Reyes intercambiaron unas palabras y luego dijeron:

- "Bien, venimos contigo."

Uno subió a Manuel a la silla consigo, y muy silenciosamente cabalgaron hacia la ciudad. El centinela en la puerta dormía, las calles estaban vacías. Los adornos en las casas no se veían en la oscuridad. Cabalgaron por las calles principales, hasta que finalmente llegaron a la callejuela. Los Reyes se aparecieron. Le dieron a Manuel las riendas, levantaron un poco sus ricamente bordados mantos y entraron en la calle. Manuel no podía creer lo que veían sus ojos, cuando vio que iban de casa en casa y palpaban los canastos y zapatos que colgaban de balcones de las casas. Vio que llenaban los zapatos, que el zapatero remendón les había prestado a los Niños, con relucientes monedas de oro.

Por la mañana, los Niños vieron sorprendidos las monedas y compraban dulces, Manuel les contó su aventura. También compraron algo para Doña Josefa, una pequeña estatua de María con el Niño Jesús en brazos.

Y así se demuestra que la promesa, que una vez se dio en Belén, sigue siendo válida y se cumple. Porque muchos años después, cuando Manuel ya era mayor y tuvo hijos propios, los Reyes seguían llegando en la Noche de Reyes a la callejuela y traían regalos.